



## **Violencia, sociedad y literatura en el Perú de los ochenta y noventa del siglo XX<sup>1</sup>**

*Luis Nieto Degregori*

Diecisiete de mayo de 1980. Tras doce años de gobiernos militares, el primero de corte reformista y el segundo más bien una suerte de contrarreforma contestada por el movimiento social, el Perú vuelve a la democracia con una carta magna recién aprobada en Asamblea Constituyente. El mismo día de las elecciones, en las que por primera vez votan millones de indios y cholos analfabetos, un grupo armado irrumpe en el lugar de votación en un pequeño pueblo del departamento de Ayacucho, en la sierra central del país, y quema las ánforas electorales. Es el acto simbólico que marca el inicio de la lucha armada de Sendero Luminoso (SL).

Comenzaban así dos décadas en las que la sociedad peruana se enfrentó a flagelos peores que los de las plagas bíblicas: la guerra interna, en primer lugar, y la peor crisis económica de la historia republicana entre 1985 y 1990, con la secuela de una epidemia de cólera que hacía pensar que el país había vuelto a la Edad Media. Esta absoluta incapacidad del sistema democrático para enfrentar los problemas más graves del país, como la exclusión y miseria de sectores mayoritarios de la población, dio pábulo para que en 1992 Alberto Fujimori, un *outsider* que había llegado al sillón presidencial tras derrotar en las elecciones de dos años antes al mundialmente famoso escritor Mario Vargas Llosa, disolviera el parlamento y en alianza con unas Fuerzas Armadas desacreditadas por su actuación en la guerra interna implantara casi diez años de una *dictablanda* signada por la corrupción y por una insidiosa política de demolición de las instituciones del país, empezando por los partidos políticos.

Esas dos décadas que envilecieron la vida de los peruanos arrancaron, curiosamente, en un clima de franco optimismo. Con decir que hasta los deportes deparaban a los peruanos alegrías, como la clasificación al mundial de fútbol de España de 1982 y el subcampeonato mundial de voley el mismo año, razón por la cual una canción titulada *Perú campeón* sonaba en todas

las emisoras de radio y el que menos se creía lo que proclamaban las letras de un vals criollo: “Tengo el orgullo de ser peruano y soy feliz. . . .”

### **El nuevo rostro del Perú**

¿Cuáles eran las raíces más profundas de ese optimismo que se respiraba a comienzos de los ochenta? Sin duda, mucho dependía del sector social al cual cada quien pertenecía. Las clases altas recuperaban la tranquilidad tras el duro golpe que habían significado para ellas los cinco años de reformas promovidas por el general Juan Velasco Alvarado (1968–1974), incluida una reforma agraria que puso fin al sistema de hacienda, piedra angular del régimen oligárquico que controlaba los destinos del país. Los así llamados barones del azúcar y del algodón, cuyas fortunas provenían de los enormes latifundios que detentaban en los fértiles valles de la costa, no volverían a recuperar sus tierras, al igual que los hacendados serranos cuya producción tradicional se basaba en la explotación de la mano de obra servil de los indios, pero mejor suerte tuvieron los industriales, que vieron desaparecer la comunidad industrial que daba cierto control de las fábricas a los obreros, así como los propietarios de los grandes medios de comunicación, como canales de televisión y periódicos de circulación nacional, quienes recuperaron la propiedad de sus empresas tras la estatización sufrida en tiempos de Velasco.

La vargasllosiana *Conversación en la Catedral* (1969), aunque ambientada en un período un poco anterior al que estamos tratando, es sin duda la novela que mejor refleja la crisis del Perú oligárquico. No es casual que la pregunta que se hace Zavalita, ¿en qué momento se jodió el Perú?, haya dado pie a sinnúmero de coloquios, seminarios, debates, artículos periodísticos, etc., etc., que se preguntan lo mismo, pero sin tomar consciencia de que lo que se jodió para unos, la minoría culturalmente criolla, significó el comienzo de significativas mejoras para otros, las mayorías culturalmente indias y cholos.

*El zorro de abajo y el zorro de arriba* (1971) fue, en cambio, un intento del malogrado José María Arguedas de dar cuenta de lo que estaba ocurriendo con los sectores cholos e indios tras varias décadas de constante afluencia a las ciudades costeñas, Chimbote en el caso de la novela, pero principalmente Lima en la realidad. Fueron esos ríos humanos que descendían de las alturas andinas y confluían finalmente en la capital del país los que empezaron a darle un nuevo rostro al Perú. Se habló así primero de “cholificación”, entendida como “el surgimiento de una nueva vertiente cultural en nuestra sociedad, que crece como tendencia en los últimos años y prefigura un destino peruano distinto que el de la mera aculturación total de la población indígena en el marco de la cultura occidental criolla, que ha sido

hasta aquí el tono dominante de todos los esfuerzos por ‘integrar’ al indígena en el seno de la sociedad peruana” (Quijano, *Dominación y cultura* 78–80). Se puso hincapié luego en el “desborde popular”, haciendo notar que era justamente Lima la que “comenzaba a esbozar el nuevo rostro peruano, que pugna por lograr una forma definida y que tratará de legitimarse venciendo toda resistencia opuesta por la ya debilitada maquinaria de la vieja República Criolla. Algunos de los rasgos de ese rostro son ya suficientemente claros como para que podamos imaginarnos su contenido final: se trata de una fusión interregional de culturas, tradiciones e instituciones con fuerte componente andino” (Matos Mar 90–91).

Libres ya los indios del oprobio de la servidumbre bajo el régimen de hacienda, conscientes ya los cholos de que el hecho de serlo no los hacía menos que otros peruanos, ambos sectores forjaron en los sesenta y setenta poderosas federaciones campesinas, sólidos sindicatos obreros e incipientes organizaciones barriales que encontraron expresión política en una izquierda variopinta y en parte renovada. Ni el movimiento popular ni la izquierda levantaban banderas de tipo étnico o cultural, pero fue en esas décadas que indios y cholos dieron grandes pasos en su esfuerzo de integración, más importantes en todo caso que en países vecinos como Bolivia y Ecuador. Como señala Aníbal Quijano en “El movimiento indígena, la democracia y las cuestiones pendientes en América Latina”, este proceso de incorporación a la ciudadanía en el Perú

fue más temprano, más rápido y más abarcador. . . . La población que se des-indianizó se apropió de e hizo positiva la derogatoria identificación como “chola” y/o como “mestiza” y no ha hecho sino aumentar en proporciones e influencia en todos los ámbitos de la sociedad peruana, incluido por cierto el mundo rural donde habitan, minoritariamente, los que aún son identificados como “indios”, aunque no es seguro que ellos acepten ya esa identificación. (10)

El punto más alto de este movimiento popular de rostro cholo e indígena, ese momento que parecía augurar que soplaban nuevos vientos para los excluidos, fue la elección, a fines de 1983, de un alcalde de izquierda para Lima, Alfonso Barrantes, el recordado Frejolito. Inútil será, sin embargo, buscar en las páginas de novelas y cuentos el relato del épico esfuerzo de las mayorías nacionales para intentar hacer suyo un estado y un país que hasta hacía poco pertenecían casi exclusivamente a una minoría criolla. Los actores sociales de esa gran transformación que experimentó el Perú, un verdadero *pachacuti*, o transformación del mundo, para emplear un concepto de la cosmovisión indígena, tenían y tienen una cultura rica en diversas manifestaciones, pero finalmente ágrafa. Su epopeya, por lo mismo, donde ha dejado huella es en las barriadas que surgieron en los arenales que rodeaban la Lima criolla, en los puestos de vendedores ambulantes que se

apropiaron de las calles de la ciudad, en los millares de pequeños talleres de confección, carpintería, metalmecánica, reparaciones, etc., que surgieron por doquier.

Las artes pues, producidas por y para sujetos mayormente ubicados en los sectores criollos de la sociedad, permanecieron en gran parte ajenas a esta gran transformación, salvo la música, donde sí se produjo una verdadera revolución. Al inicio, todavía en los años cincuenta, fue la irrupción del huayno serrano en los coliseos y en las radios de Lima. Luego, en los sesenta, fue el surgimiento de un nuevo género musical, la “chicha” o cumbia andina, fusión del huayno serrano con música tropical, el que hizo ver que el Perú estaba cambiando. En los ochenta y los noventa, por olas o hervores, para emplear una palabra que gustaba mucho a Arguedas, la música chicha, en sus distintas variantes, se fue adueñando primero del oído de las mayorías, seguidamente del mercado musical y finalmente de la televisión, un espacio que hasta entonces había estado reservado para las expresiones musicales del Perú oficial, sobre todo la música criolla y la internacional. Un dato sumamente significativo es que una miniserie de televisión sobre Dina Páucar, una cantante de música andina, batió todos los récords de sintonía el 2004, año en que fue transmitida.

### **La guerra y la postguerra**

Las primeras acciones de SL, por inocuas como reventar petardos que sacaban de sus goznes las puertas de locales públicos o truculentas como colgar perros muertos en los postes de alumbrado con letreros alusivos a personajes no del Perú sino de la China, hicieron que el país se mofara del peligro que se estaba larvando en el departamento de Ayacucho y siguiera despreocupado con su vida y sus cuitas. Una acción militar de envergadura, el asalto a la cárcel de Ayacucho en marzo de 1982 que condujo a la liberación de decenas de cuadros de SL, entre ellos el escritor Hildebrando Pérez Huaranca, debió ser el toque a rebato, pero el país, sobre todo la clase política, prefirió seguir considerando que lo que estaba ocurriendo en Ayacucho era algo sin importancia.

Los primeros, aunque todavía aislados, asesinatos de policías y autoridades en pequeños poblados lejanos fueron el inicio del baño de sangre que poco a poco se fue extendiendo a otros departamentos del país, sobre todo de la sierra y selva central, y finalmente alcanzó Lima. La estrategia que se asumió desde el Estado, tanto en el gobierno de Belaúnde (1980–1985) como en el de Alan García (1985–1990), fue sin embargo equivocada: se delegó la conducción no sólo militar sino también política del conflicto en las Fuerzas Armadas y esto condujo a que la población, sobre todo los

campesinos de las zonas rurales más aisladas, se vieran en realidad entre dos fuegos: el de las fuerzas subversivas y el de las fuerzas del orden.

En 1992, cuando Alberto Fujimori dio el autogolpe de estado, el país estaba sumido en el desaliento. El estado de emergencia se había implantando en extensas zonas del país. En Lima eran frecuentes los atentados y los coches bomba con los consiguientes apagones. Pequeños motores eléctricos funcionaban en las puertas de los negocios y producían un ruido que erizaba más los nervios. Se pensaba que SL podía resultar victorioso en la guerra que había emprendido contra el Estado peruano. La sociedad, desmoralizada no sólo por la violencia sino también por la crisis económica y la galopante hiperinflación que había sufrido en los últimos años del gobierno de Alan García, padecía un mal antes desconocido: la anomia. Como “estado de desorganización de la sociedad debido a la ausencia de normas sociales” define el diccionario esta enfermedad y eso era efectivamente lo que en el Perú estaba ocurriendo.

Hacia 1986 aparecieron los primeros textos que, desde la ficción, daban cuenta de la guerra interna. Eran producidos, sobre todo, por escritores de origen serrano herederos de la tradición indigenista que seguramente se sentían culturalmente más cercanos de los actores y víctimas del conflicto y por lo mismo estaban más sensibilizados por la tragedia que año tras año iba ganando en proporciones. Quizás no sea casual por eso que, al mismo tiempo que ficcionaban la violencia, estos escritores empezaron a reclamarse como “andinos” y a contraponer su narrativa a la criolla, la más abundante y con mayor reconocimiento de parte de la crítica nacional (Nieto 1998, 2000). Los escritores de esta última tendencia, en todo caso, se ocupaban más rara vez del tema, con la excepción, para esos años, del Mario Vargas Llosa de *Lituma en los Andes* (1993).

La captura en setiembre de 1992 de Abimael Guzmán, el sanguinario y megalómano líder de SL, marcó el inicio de un acelerado proceso de pacificación cuyos réditos políticos fueron hábil e inescrupulosamente usufructuados por Fujimori y las Fuerzas Armadas. Rápidamente ganó espacio así el discurso que presentaba el autogolpe del 5 de abril como el factor decisivo para la derrota de SL y a Fujimori y sus aliados los militares como los artífices de este gran logro. Se trataba de un falseamiento de la verdad histórica que, entre otras cosas, escamoteaba méritos a la unidad de la policía que dirigió el operativo de captura de Abimael Guzmán y silenciaba el importantísimo papel jugado por las rondas campesinas en la lucha contra SL. Una imagen que en 1997 dio la vuelta al mundo, la de Fujimori posando sobre los cadáveres de los militantes del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru que habían tomado la Embajada del Japón con gran número de rehenes en su interior, muestra de manera descarnada los extremos a los que fue capaz de llegar la alianza Fujimori-militares para graficar, y hacer calar en el subconsciente colectivo de los peruanos, su supuesta implacabilidad en la lucha contra la subversión.

Recién tras la caída de Fujimori el 2001 y la instalación de un gobierno de transición, el país pudo conocer, gracias a la valiente labor de la Comisión de la Verdad y Reconciliación, la magnitud de la tragedia vivida durante los años de guerra interna. La parte más sensible de la sociedad comprobó horrorizada que el número de víctimas bordeaba las 70 mil y que tres cuartas partes de las mismas eran indígenas que tenían el quechua como lengua materna. Lo más doloroso, sin embargo, fue constatar, como señala Nelson Manrique (81–82), “hasta qué punto está escindida la sociedad peruana entre un país oficial que en buena medida permaneció de espaldas al conflicto mientras la violencia no lo involucró directamente y el país real, donde son muchos los peruanos a los cuales no se les reconoce su condición de ciudadanos.”

Otras secuelas de la guerra no son tan fácilmente cuantificables, pero resultan igual de dramáticas. Nos referimos, en primer lugar, al grave retroceso que experimentó el proceso de integración de las mayorías cholas e indígenas en un momento en que necesitaban la consolidación de una representación política capaz de luchar por conquistar necesarias cuotas de poder en un Estado que históricamente les escamoteaba los derechos más elementales. En lugar de esto, lo que ocurrió fue, primero, el descabezamiento de las organizaciones populares a raíz de los asesinatos perpetrados por SL, como el de la dirigente barrial María Elena Moyano, por citar uno que alcanzó ribetes simbólicos, pero también como consecuencia de la política represiva del Estado, y, segundo, el divorcio entre el movimiento popular y unos partidos de izquierda que se sumieron en una profunda crisis debido a que no supieron zanjar a tiempo sus diferencias con SL y a que tampoco lograron, tras la caída del muro de Berlín, proponer un proyecto que resultara creíble a esos sectores que se sentían representados por ellos. Las grandes masas de electores de los estratos más pobres de la sociedad que desde 1990 apuestan en los procesos electorales por los *outsiders* e ignoran a los cada vez más golpeados partidos políticos con larga tradición histórica se explican en buena medida por el proceso que acabamos de esbozar.

El enseñoramiento de la corrupción en un contexto en que la sociedad, atemorizada, había perdido toda capacidad de control sobre el poder político; el agravamiento de la crisis de representación con un colapso casi total del sistema de partidos; la desinstitucionalización generalizada, son también algunas de las consecuencias de la guerra interna que recién en la actualidad la sociedad peruana empieza a descubrir y todavía no sabe cómo procesar (Manrique 82). En todo caso, recién en estos primeros años del nuevo siglo se escuchan voces que reclaman, como señala Aníbal Quijano (2005), que “la estructura institucional del Estado sea modificada en sus fundamentos, de modo que pueda representar efectivamente a más de una nación” (14). Si esto llegara a ocurrir, estaríamos asistiendo, nuevamente en palabras de Quijano (2005), “al fin del espejismo eurocéntrico de un Estado-nación

donde unas nacionalidades no han dejado de dominar y de colonizar a otras, además mayoritarias” (14).

### **No hay país más diverso...**

En los albores del siglo XXI, la peruana sigue siendo una sociedad cultural y étnicamente diversa, aunque los sectores dominantes del país se nieguen a admitir esto en todas sus implicancias. Es en los azares de la historia en los que hay que buscar las raíces de este mosaico cultural. Varios milenios de desarrollo cultural autónomo, con altísimos logros en la domesticación de especies, el dominio del territorio, la organización social y en esferas del quehacer humano como la arquitectura, la cerámica, la textilera y la orfebrería, fueron interrumpidos abrupta y violentamente por la llegada de los europeos hace cinco siglos. De este traumático choque cultural, signado por el dominio de los recién llegados sobre las poblaciones ancestrales, nace el Perú como nación, iniciándose un largo proceso de asimilación y resistencia cultural que no tiene visos todavía de terminar.

En la actualidad, tres son los grandes universos culturales que se pueden distinguir en la sociedad peruana (López). Está, primero, un segmento de población, cada vez menor, con un fuerte sustrato cultural indígena y que se expresa en las lenguas quechua, aimara y en varias lenguas amazónicas. Es tan pesada, sin embargo, la carga peyorativa que desde hace siglos arrastra el vocablo “indio” que estos peruanos desde hace unas décadas no se reconocen como tales y prefieren, junto con el resto de la sociedad, el eufemismo de campesino, que alude tanto a su hábitat rural sobre todo en la sierra cuanto a la principal actividad que por lo general desempeñan.

Viene seguidamente el que es el segmento más numeroso de población, el de quienes suman a sus raíces culturales indígenas muchísimos elementos de la cultura occidental. Se trata de un contingente que en las últimas décadas ha migrado del campo serrano a las ciudades y de la sierra a la costa y que está conformado por bilingües quechua-castellano o aimara-castellano o, entre las nuevas generaciones, incluso hablantes monolingües del castellano. “Cholos” es el vocablo con el que mayormente se les identifica, pero por la carga peyorativa del mismo circula más recientemente el término de andinos.

Está por último la población, principalmente costeña, de cultura criolla; es decir, la heredera de los españoles que echaron raíces en suelo peruano y la más cercana por lo mismo a la cultura occidental, aunque tampoco haya dejado de asimilar elementos de las culturas indígenas en varios siglos de convivencia. No está de más señalar, asimismo, que junto a estos tres grandes grupos existen otros, menos numerosos, cuya principal herencia cultural no es ni la indígena ni la occidental, como los afro-peruanos y los peruanos descendientes de migrantes chinos.

Aunque el que sigue es un planteamiento no del todo compartido por la crítica literaria peruana, sostenemos que cada uno de estos universos culturales halla expresión en vertientes literarias distintas, salvo el indígena, cuya literatura se mantiene todavía en los cauces de la oralidad. La narrativa criolla es así aquella que por su producción, sus textos, su referente y su sistema de distribución y consumo está inscrita en la sociedad y la cultura criollas. Como estas, la narrativa criolla es la hegemónica en el Perú actual, al extremo de que cuando se habla de narrativa peruana sólo se está hablando la mayoría de las veces de la narrativa producida por escritores criollos, sobre el Perú criollo o en general el mundo occidental y para ser difundida principalmente en Lima y las principales ciudades de la costa.

La narrativa andina, por su parte, es la producida, como señala Osorio (9–10), por intelectuales provenientes de las clases medias o medias altas provincianas y que están permeados por elementos culturales de raíz indígena. El universo representado puede ser el rural y el indígena pero ya no como componente básico pues la andina es una narrativa predominantemente urbana y mestiza en la que Lima, como foco de atracción de migrantes de los diversos estratos sociales provincianos, ocupa un lugar preferente, casi igual o más importante que el de las pequeñas y grandes ciudades de la sierra.

Un *Congreso Internacional de Narrativa Peruana* que se desarrolló en Madrid en mayo del 2005 jugó un papel importante para que los escritores andinos salieran finalmente de la relativa invisibilidad en la que se encontraban. Los planteamientos que defendieron estos en el Congreso provocaron una acre polémica en la prensa peruana que, si bien abundó más en el intercambio de agravios que en el de argumentos, sirvió en última instancia para que a la narrativa andina se le reconociese carta de ciudadanía. Significativamente, uno de los argumentos más manejados por los críticos y los escritores criollos fue el que la posición de los escritores andinos se reducía a un reclamo de mayor reconocimiento. Como se repitió varias veces, dichos escritores, más que representar una corriente en la literatura peruana, serían un grupo de resentidos empeñados en que sus fotos aparezcan más grandes en los periódicos.

Difícil comprender un debate literario que termina derivando en tales posiciones sin tener presente, como señalaba Antonio Cornejo Polar (*Escribir en el aire* 12), la “heteróclita pluralidad” que define a la sociedad y cultura peruanas y “las abisales diferencias que separan y contraponen, hasta con beligerancia, a los varios universos socio-culturales que coexisten y se solapan inclusive dentro de los espacios nacionales.” Para estudiar literaturas que, a diferencia de las homogéneas, se producen en la intersección conflictiva de dos universos culturales, Cornejo Polar introdujo el concepto de “heterogeneidad,” entendido no sólo como esa característica de literaturas cuya producción, texto y consumo corresponden a un universo y el referente a otro distinto y hasta opuesto (Cornejo, “El indigenismo y las literaturas



heterogéneas” 13), sino sobre todo como inherente a cada uno de estos procesos. En palabras de Cornejo:

entendí más tarde que la heterogeneidad se infiltraba en la configuración interna de cada una de estas instancias (emisor/discurso-texto/ referente, receptor, por ejemplo), haciéndolas dispersas, quebradizas, inestables, contradictorias y heteróclitas dentro de sus propios límites. (*Escribir en el aire* 13)

Queda claro, en todo caso, que si se olvida que la sociedad peruana es pluricultural y profundamente fragmentada, se puede caer muy fácilmente, al emprender el estudio de sus literaturas, en la banalización de las diferencias que separan a sus distintas tendencias literarias, una hegemónica, otras todavía subalternas. Eso que parece un simple reclamo de mayor atención por parte de la crítica es en realidad una de las formas de protestar contra la situación de subalternidad. Las diferencias entre la narrativa criolla y la andina no son, como se piensa erróneamente, de carácter geográfico, sino socio-cultural. Por lo mismo, una y otra vertiente ofrecen, a la larga, una visión distinta del Perú, lo cual resulta crucial en circunstancias en las que se está procesando, aunque muy lentamente, el socavamiento de la posición de dominación de eso que Matos Mar, en pasaje ya citado, llamó la “vieja República Criolla.”

José María Arguedas soñaba con un Perú de “todas las sangres” y este es de hecho un horizonte utópico que ha calado hondo en el imaginario de los peruanos, tanto o más que esa visión de país propuesta por Zavalita como uno que en algún momento de su historia reciente *se jodió*. La visión arguediana supone un Perú en el que todas sus culturas coexistan en igualdad de condiciones, sin el dominio de unas sobre otras. Eso implicaría, entre otras cosas, el advenimiento de literaturas escritas quechuas, aymaras y amazónicas producidas no por personas de cultura chola o mestiza, como ocurre hasta ahora, sino por artistas indios y para lectores de las mismas lenguas y culturas. ¿Asistiremos a la realización del sueño arguediano? ¿Sigue tomando cuerpo un Perú de todas las sangres a pesar de esas décadas recientes en las que la sociedad peruana descendió a los infiernos?

## Notas

1. Una primera versión de este ensayo fue publicada bajo el título “Un país en el infierno. Sociedad, política y cultura en el Perú de los ochenta y noventa” en la revista *La Página*, Año XIX, Nro. 67/68, Santa Cruz de Tenerife (2007).

## Obras citadas

- Cornejo Polar, Antonio. "El indigenismo y las literaturas heterogéneas: su doble estatuto socio-cultural". *Revista de Crítica Latinoamericana*. IV.7/8 (1978): 7–21. Impreso.
- \_\_\_\_\_. *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural de las literaturas andinas*. Lima: Horizonte, 1994. Impreso.
- Cox, Mark, comp. *El cuento peruano en los años de violencia*. Lima: Editorial San Marcos, 2000. Impreso.
- López, Sinesio. *Ciudadanos reales e imaginarios. Concepciones, desarrollo y mapas de ciudadanía en el Perú*. Lima: IDS, 1997. Impreso.
- Manrique, Nelson. *Sociedad. Enciclopedia Temática del Perú*. Tomo VII. Lima: Ediciones El Comercio, 2004. Impreso.
- Matos Mar, José. *Desborde popular y crisis del Estado. El nuevo rostro del Perú en la década de 1980*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1984. Impreso.
- Nieto Degregori, Luis. "Me friegan los cóndores." *Encuentro Internacional Narradores de esta América*. Lima: Universidad de Lima y Fondo de Cultura Económica, 1988. 173–178. Impreso.
- \_\_\_\_\_. "El debate entre andinos y criollos en la narrativa peruana última." *Márgenes* XIV.17 (2000): 155–170. Impreso.
- Osorio, Juan Alberto. "La narrativa andina." *Sieteculebras* 8 (1995): Impreso.
- Quijano, Aníbal. *Dominación y cultura. Lo cholo y el conflicto cultural en el Perú*. Lima: Mosca Azul editores, 1980. Impreso.
- \_\_\_\_\_. "El movimiento indígena, la democracia y las cuestiones pendientes en América Latina." *Polis. Revista on-line de la Universidad Bolivariana*. 4.10 (2005): Web. Nov. 2013.

---

Nieto Degregori, Luis. "Violencia, sociedad y literatura en el Perú de los ochenta y noventa del siglo XX." *Conflicto armado y políticas culturales de la memoria en el Perú*. Ed. Carlos Vargas-Salgado. *Hispanic Issues On Line* (Spring 2016): 23–32. Web.

---